

PRAGA, 21 DE AGOSTO

(Apuntes de un viajante de Sabadell)

Nada hacía presumir en la noche del martes 20 de Agosto, los trágicos acontecimientos que se cernían sobre Praga. Son las ocho de la noche cuando tomamos tierra en el flamante aeropuerto de la ciudad, en un Ilyushin-18 de las Líneas Aéreas Checoeslovacas, procedentes de Varsovia. El viaje ha sido improvisado y no tenemos visado ni alojamiento reservados. Lo primero se arregla fácilmente en el mismo aeropuerto. Con la ayuda de nuestro amigo checo, encontramos al fin habitación en el Adria, un pequeño hotel situado en la Václavské Náměstí, amplia avenida del distrito de Nové Město, que habría de ser escenario de gran parte de las algaradas y luchas callejeras: enfrente de nuestro hotel, la redacción del diario "Prace"; un poco más arriba, en la calle Jindrišská, el edificio de la CTK, la agencia de noticias checa; al otro lado, en la esquina de la Lívopá Stépanská, el Banco de Checoeslovaquia y cerrando la Vačlavská por el Sur, la plaza y la estatua de San Wenceslao, héroe de la nación checoeslovaca y el Museo Nacional.

Las diez de la noche nos encuentran tomando un refresco en el cosmopolita café Yalta. Las calles están animadas y, al igual que en Varsovia, abundan los muchachos con larga cabellera y las chicas de falda corta. Y como en Varsovia también, recibimos incesantes ofertas de compra de dólares al doble del tipo oficial. Al enfocar las galerías Lucerna, de vuelta al Hotel, alguien me llama por mi nombre. Es Blas Baeta, de la agencia "Aerojet". Va al frente de un grupo de participantes españoles al Congreso de la SIEC de Helsinki. Por Morro, de la Cámara de Comercio e Industria de Barcelona, a quién encontramos casualmente aquella misma mañana en el hotel Europejski de Varsovia y con quien viajamos luego juntos hasta Praga, sabía que yo estaba alojado en el Adria. Aquel encuentro había de ser providencial para nosotros. Ellos están en el Hotel Alcron, en la Lívopá Stépanská no muy lejos del Adria.

No son mucho más de las once cuando nos metimos en la cama: a las 8 de la mañana del día siguiente estábamos citados en Centrotex. Plácido y yo compartimos la misma habitación. La luz de mi mesita de noche no funciona y debo desistir de mi habitual lectura. Pero no tardo en quedar profundamente dormido.

El ruido de un reactor, potenciado por el silencio de la noche, me despierta. La esfera fosforescente de mi reloj, señala la una y media. No hago demasiado caso. El aeropuerto está muy cerca de la ciudad y no es extraño que los aparatos vuelen bajos, raseando los tejados. No tengo tiempo de reconciliar el sueño cuando otro reactor parece querer aterrizar sobre mi cabeza. Y luego otro, y otro y otro, en cadencia precisa, cada quince minutos. Desde la ventana los cuatro potentes focos de los aparatos iluminan extrañamente el espacio. La cosa no parece demasiado normal, pero mi cerebro somnoliento no atina a intuir el drama. A las 6 y media de la mañana, con las primeras luces del día, unas ráfagas lejanas y continuadas nos levantan de la cama. Plácido afirma que son disparos de pistola automática. Bromeando, le digo que es una traca. En aquel momento aparece Ramon, que con José duerme en la habitación contigua: "Nois, preneu-ho amb calma, pero les tropes russes han invadit el país".

Me visto rápidamente y bajo al hall. En la escalera dejo tres camareras llorando. El recepcionista está con la oreja pegada al transistor. Le rodean las profesoras finlandesas, el matrimonio alemán y algunos transeúntes checos. La expresión de los rostros es significativa. Sin detenerme salgo a la calle. Cruzan camiones repletos de jóvenes enarbolando banderas checas y gritando cosas ininteligibles para mí. Muchachas reparten insignias y banderas checoeslovacas; las fachadas están materialmente cubiertas de carteles y letreros:

RUCKY, DAHTE DOMON (Rusos, iros a casa)  
Svoboda, Cernik, Dubcek  
USA-VNAM=CCCP-CSSR (USA-Vietnam=URRS-Checoeslovaquia)  
Biafra-Israel-Checoeslovaquia  
-A Moscú 1880 Km

Subo rápidamente a coger mi motocámara. En este momento llega nuestro amigo checo. Está sumamente preocupado. Las noticias son confusas y los rumores para todos los gustos. Parece ser que a las 9 de la noche -media hora después de haber abandonado nosotros el aeropuerto- éste fué ocupado por cincuenta civiles rusos armados con pistolas, llegados en dos aviones procedentes de Moscú y de Lemberg. A las doce y media empezaron a llegar los grandes transportes Antonov con tropas rusas, polacas, alemanas, húngaras y búlgaras. La radio, que emite continuamente noticias de la situación, parece seguir en poder del Gobierno checo. Se desconoce el paradero de Dubcek. Las fuerzas aerotransportadas están entrando en la ciudad. No se conoce quién es el jefe de las fuerzas de ocupación. El Gobierno recomienda a la población civil evitar cualquier provocación y a los extranjeros permanecer en los hoteles. Las líneas de transporte urbano no funcionan.

Bajo las escaleras de tres en tres. El conserje, que chapurrea el español, me dice enigmático: "A filmar para Franco, eh?". No le contesto. Llego a la calle en el momento justo en que por la Národní Příkopé embocan la Václavské Namestí los primeros tanques y vehículos blindados soviéticos. Las enormes orugas de acero, con las torretas cerradas, se cruzan con los camiones de patriotas enarbolando banderas tricolores a los gritos de "Dubcek, Dubcek, Dubcek". La gente, abriendo apenas el camino a la columna blindada, agita los puños amenazadoramente mientras gritan "Rucky okuppanti", "fascisti sovietici". A mi lado, un niño, de la mano de su padre, escupe a los tanques. La columna avanza -dejando tras de sí el pavimento destrozado- hacia el monumento a San Wenceslao, donde están encaramados varios patriotas colocando banderas checoeslovacas y pintando letreros alusivos. A pocos metros del mismo, los tanques rusos se paran en semicírculo. Poco a poco se levantan las torretas y asoman la cabeza los tanquistas. Caras imberbes contemplan con ojos entre inexpresivos y perplejos el espectáculo. Algunos optan por encerrarse de nuevo. Otros cargan tranquilamente las ametralladoras fijadas en la parte delantera de las torretas. Tímidamente, vuelan hacia los rusos los primeros proyectiles: bolas de papel de periódico, pieles de plátano, piedras arrancadas de la aceras. Protegidos por sus gruesas chaquetas y cascos de cuero, los tanquistas los esquivan impasibles. Algunos manifestantes dibujan con tiza cruces gamadas en la gruesa plancha de los tanques.

Regreso al hotel a recargar la cámara. Me cruzo con Plácido, que con su máquina también está metido en medio del jaleo. Un viejo levanta su bastón y grita: "Viva la República". Un grupo de obreros, al reconocerme extranjero, me dicen expresivamente "Komunism, disaster". Cuando vuelvo, un joven patriota subido a un tanque se afana en atar con un cinturón la tapa de la torreta, ante las aclamaciones del público. El tanque pone en marcha escandalosamente su motor de aceites pesados y el muchacho, asustado, salta al suelo. Se encarama otro con un cuchillo en la mano. Un compañero intenta impedirselo, cogiéndole del brazo, pero consigue desasirse y corta el cinturón. Se abre la torreta y aparece el tanquista soviético, bajo las increpaciones del público. Por el cielo, siguen cruzando los grandes aviones de transporte, interrumpida la cadena, de vez en cuando, por el vuelo rasante de los MIG, en una patente demostración del "Poder Soviético".

Nos encontramos en el Adria con Plácido, José y Ramón. Decidimos ir al hotel Alcron a reunirnos con Morro y el grupo español de la SIEC. Nuestro amigo checo, que ha vuelto al hotel, nos dice que ha conseguido mandar un telex a España, a pesar de que las comunicaciones telefónicas y telegráficas parecen cortadas. También Baeta ha intentado telexar desde el hotel Alcron, pero los periodistas alemanes y los operadores de la TV

francesa que han estado transmitiendo toda la mañana, se han cargado el telex. No lo conseguiría hasta el día siguiente. Fue gracias a este telex que nuestras familias se enteraron que seguíamos bien. En el Alcron supieron de la invasión mucho antes que nosotros. A las tres de la madrugada, los taxistas de servicio recorrían la ciudad tocando el claxon y avisando la buena nueva. Algunos turistas extranjeros que viajaban en coches particulares, salieron inmediatamente de Praga.

En este momento se oye en la calle un ruido ensordecedor. Los tanques rusos, apostados delante del monumento a San Wenceslao, están cañoneando el Museo Nacional. El espectáculo es terrible. Estamos como a doscientos metros detrás de los tanques. Se produce una verdadera estampida de los patriotas encaramados en la estatua de San Wenceslao y de los que están apostados en la doble escalinata que dá acceso al Museo. Pero no lo suficientemente rápida para evitar que se produzcan muertos y heridos. Se dice que desde el interior del Museo se había abierto fuego contra los tanques. Rápidamente la fachada del Museo se cubre con las huellas de los impactos. Cesa el fuego, que no ha durado ni cinco minutos. El ruido de los cañones es sustituido por el griterío de la gente y el sonido estridente de las sirenas de las ambulancias. Cuando subo, jadeante, la escalinata, sólo quedan manchas frescas de sangre en el suelo. En pocos segundos me encuentro rodeado de docenas de jóvenes que al verme con mi aparatosa cámara me creen un repórter. ¿Francés, italiano? me preguntan unos estudiantes en inglés. Español, respondo. "Por favor, explique en su país lo que está ocurriendo aquí". Una estudiante me muestra un pañuelo ensangrentado. Un joven me entrega unas cápsulas de fusil y de pistola que, me dice, son las que han matado a los primeros patriotas en el asalto a la emisora de radio Praga. Allí mismo se organiza una manifestación. La encabezan una bandera checa, dos banderas negras y el pañuelo ensangrentado que la estudiante enarbola en lo alto de un palo. La manifestación pasa por delante de los tanquistas soviéticos que contemplan el espectáculo impasibles. Cantos, gritos y mujeres y hombres llorando. Tampoco yo pude reprimir las lágrimas.

Detrás del Museo, en dirección de la estación, se levanta una enorme columna de humo negro. Después nos dirían que estaban ardiendo dos tranvías que los patriotas habían utilizado como barricada. Empiezan a aparecer camiones con soldados rusos, metralletas y fusiles en ristre. La gente utiliza las cápsulas vacías para pitarles. Algunos, más atrevidos, se acercan y tiran dentro de los camiones periódicos checos y manifiestos de los estudiantes, de la Liga de Combatientes Antifascistas y de otras asociaciones patrióticas, editadas en checo, ruso y alemán. Unos soldados los leen mientras otros los rompen desdeñosamente. Algunos tanques han quedado inmovilizados. Pierden las puntas de las cadenas en el adoquín de las calles.

Como de costumbre, yo no había desayunado y había tomado un simple bocadillo al mediodía para no perderme "la calle", que era acontecimiento. Empiezo a notar cierta sensación muy sintomática en el estómago. Encontramos dificultades para cenar. En el Adria no hay comedor. El hotel Alcron no admite hoy, "outsiders". El restaurante Yalta está cerrado y también el snack del Tabarin. Por fin encontramos una mesa en el Europa, que compartimos con un profesor italiano y con un profesor rumano, con su hija, que asisten al congreso de Geología. El profesor italiano nos dá noticias alarmantes que luego no parecen haberse confirmado: la propia potencia ocupante tiene dificultades internas. Kossygin ha sido dimitido y el general Gretchko, representante de la línea dura, ha tomado el poder. Por lo demás el Congreso ha sido un éxito. Se aprobaron los estatutos y elegido por unanimidad el sitio dónde se celebrará el próximo año.

Regresamos al hotel Alcron. Delante del Banco de Checoslovaquia están apostados media docena de tanques y el edificio ha sido ocupado. Soldados soviéticos están manipulando unas cajas. Más tarde circuló la noticia que se habían llevado el oro depositado en el Banco. Por el cielo ya no cruzan aviones sino balas trazadoras. Entre el grupo de turistas americanos del Alcron, me muestran a Shirley Temple, la niña-actriz de los años cuarenta. Los "escuchas" del hotel han captado radio Moscú, que justifica

la ocupación diciendo que se había producido a instancias del Gobierno y del pueblo checo para impedir el triunfo de la contrarrevolución, y que las tropas soviéticas habían sido recibidas con júbilo por la mayor parte de la población. Continúan emitiendo emisoras patrióticas no identificadas. Anuncian que ha habido 14 muertos y 178 heridos y que Dubcek y otros miembros del Gobierno han sido llevados en avión con rumbo desconocido por las fuerzas de ocupación. El general Svoboda está incomunicado en el palacio Presidencial, que está tomado por las fuerzas rusas. El ejército checo está acuartelado con orden de no intervenir. Se alienta continuamente a la población a la resistencia pasiva.

Se oye una ráfaga de ametralladora en la calle y a los pocos instantes entra en el hotel un joven patriota que repartía periódicos. Una patrulla rusa le había hecho una descarga a los pies para asustarle. Le damos coñac y tabaco y queda postrado en un sillón, respirando profunda y arrítmicamente. En esto, tres o cuatro balas trazadoras impactan contra la pared lateral de la entrada del hotel. En fracciones de segundo el suelo queda cubierto de gente tendida. Yo me refugio detrás del mostrador de Recepción. El joven patriota, que parecía estar medio muerto, pega un salto increíble por encima del mostrador y cae como un saco a mis pies. Pasados unos minutos salimos con los hombres de TV francesa a la calle. La patrulla rusa que custodia el Banco, había ametrallado, sin motivo aparente, la fachada del edificio de enfrente y algunos proyectiles habían salido rebotados hacia la entrada del hotel.

Discutimos si quedarnos a dormir en los sillones del hall del Alcron o volver al Adria. Decidimos lo último. Salimos uno a uno. En el Adria, el hall parece un campo de refugiados. Los huéspedes dormitan en sillas y sillones buscando aparentemente la compañía mutua. Subimos a la habitación. Comentamos la situación hasta la una de la noche. José me da un comprimido de Librium para ayudarme a dormir. A lo lejos se oyen disparos de mortero.

Por la mañana, a primera hora, vuelve nuestro amigo checo. La situación se está deteriorando. Rusia ha dirigido un ultimatum al gobierno checo dándole 24 horas para constituir un nuevo Gobierno con gente adicta a Moscú. Por su parte el gobierno checo amenaza a la Unión Soviética con declarar una huelga general indefinida si no retira las fuerzas de ocupación. Parece que algunos miembros del Gobierno checo han aceptado participar en un gobierno de colaboración con la potencia ocupante. Las tropas soviéticas han ocupado el diario Prace y la agencia CTK. La estación de ferrocarril y la TV habían sido ya tomadas el día anterior. Nuestro amigo habló por el camino con un joven soldado de Tomsk, que se mostró atónito ante la reacción de la población; había escuchado muchas veces de boca de su padre, el entusiasta recibimiento de que había sido objeto el año 1944 cuando liberó Praga con el ejército ruso. Un oficial soviético le confesó confidencialmente que muchos de los soldados ocupantes, que estaban desde hacía tres meses de maniobras por Polonia y la República Democrática Alemana, no sabían, en realidad, dónde se encontraban. Las tropas rusas parecían peor equipadas que el año 1944. La población checa estaba desconcertada: después de 30 horas la potencia ocupante no había lanzado ninguna proclama, justificando la invasión ni dado consignas.

En la calle, por primera vez, patrullan tropas soviéticas a pié. Continúan las manifestaciones, y el reparto de periódicos e informaciones patrióticas, algunas de ellas, ahora ya, ciclostiladas. En las paredes aparecen los nombres de Bilak, Indra y Kolder, tildados de traidores a la nación. Un patriota se planta ante un tanque ruso impidiéndole el paso. El tanque se detiene. El desafío dura algunos segundos. El tanque opta por retroceder unos metros y desviar la ruta. La gente rodea al patriota, que está llorando. Calle arriba se incendia un tanque. Da media vuelta y avanza rápidamente hacia nosotros. El depósito de combustible está ardiendo y los soldados lo han agujereado para vaciarlo. Pasa por delante nuestro, regando el suelo con gas-oil: derriba una valla y se produce una ex-

Son las 11 de la mañana. Con Plácido encontramos un bar abierto. Ante la experiencia de la noche anterior, optamos por tomar algo. Comemos a pié, un estofado de carne y patatas. Una especie de desayuno-comida. No tengo excesivo apetito y queda algo en el plato. Una mujer de edad se come los restos. Vamos al Alcron. En la puerta hay un pequeño grupo. Nos presentan a Enrique Lister. Mi único recuerdo personal, en este momento, de la columna Lister, es que en la retirada, había pasado por Sabadell incendiando varias fábricas. Lister viajó por lo visto de Moscú a Praga en el mismo avión que el grupo español de la SIEC. Al saber que éramos de Sabadell nos dice que tiene una hija casada con un hijo de Moix, el sindicalista ex-alcalde de nuestra ciudad y creo que ministro de Trabajo del gobierno republicano cuando terminó la guerra. Lister vive actualmente en Praga. Tiene 61 años y es general del ejército ruso. Tiene interés en decirnos que se le acusa de haber corrido mucho durante la guerra. Pero que la realidad es que resistieron durante 36 días en Cataluña el avance de las tropas nacionales; mucho más que el ejército francés ante la invasión alemana. Es partidario de la línea comunista ortodoxa. Durante la guerra se le encomendó la misión de aniquilar al Gobierno anarquista de Aragón, que se había establecido en Caspe. Lo consiguió con sólo pasear los tanques por el pueblo. Le preguntamos acerca de la situación. Nos dice que el comité del Partido Comunista Español, del que es miembro, se había adherido al Acuerdo de Bratislava, condenando cualquier intervención militar por parte de las naciones del Pacto de Varsovia. Se acerca su hijo y lo llama aparte. Vuelve para decirnos, confidencialmente, que habrá toque de queda a las cinco de la tarde. Nos recomienda que no salgamos del Hotel. El mismo se marcha hacia su casa.

Por la estrecha calle de Lívopá Stépanká baja un tanque ruso a toda velocidad. Por lo menos a ochenta por hora. Nunca hubiera creído que pudiesen correr tanto. Un Volkswagen con patriotas repartiendo pamfletos, que sube en dirección contraria, le cede galantemente el paso subiéndose a la acera. Entramos en el hotel. Parece que por fin podremos alojarnos aquí. Han marchado algunos extranjeros y quedan habitaciones libres. Nuestro problema es que tenemos el equipaje en el Adria. Son las cuatro de la tarde. Decidimos ir a recogerlo. El regreso, con las maletas a cuestas por delante de los tanques rusos aparcados en la acera de la Václavská y encañonando el edificio del diario Prace, debía tener su gracia, visto por los impasibles tanquistas soviéticos, asomados en las torretas. La vuelta al Alcron me reserva una alegría: encuentro un telex de casa, mandado desde Sabadell, confirmando haber recibido noticias nuestras. También José recibe un telex de su familia. Llega un ecuatoriano que había salido en coche a recoger a su esposa y a sus dos hijas, que estaban en un balneario a 200 Km de Praga. Cruzó por la noche varias columnas motorizadas soviéticas a las que tuvieron que indicar la ruta. Los patriotas habían cambiado los postes indicadores para equivocar a los ocupantes. Los rusos iban sin planos, con simples croquis hechos a mano.

Nos reunimos el grupo español de la SIEC, los cuatro ecuatorianos, Morro y los cuatro viajeros de tejidos. Hay que tomar una determinación. Durante la mañana, por el altavoz del hotel, la embajada americana había anunciado la salida de un tren especial para los súbditos americanos, con el embajador al frente, para intentar alcanzar la frontera de la República Federal Alemana y de una caravana de coches organizada por la embajada inglesa para sus nacionales con el mismo fin. Los franceses también abandonaron el país. Nos sentimos desamparados y cada vez más solos. La situación continúa deteriorándose. Aparecen algunos brotes de colaboracionismo. Se decía que la policía política empezaba a actuar, metiéndose con los extranjeros y requisando cámaras y películas. Los víveres escasean. Parece inminente la huelga general. Falta encontrar un autocar y gasolina. Baeta, con la yuda de la agencia de viajes checa Sedog, consigue lo imposible. Se logra telexar a Viena pidiendo a la embajada española mande un autocar a recogernos en la frontera checa. Se saldría al día siguiente, viernes día 23 a las 8 de la mañana. Hay una explosión de alegría. Un italiano que no comprende el motivo del alborozo, se encara con nosotros: "Non avete visto i morti e i feriti? Non gli avete visto?"

Esta noche todavía salgo a la calle sólo, y me busco un pequeño incidente. En la esquina de la Stépanská y la Vaclavské hay un hombre con la cara ensangrentada rodeado de un pequeño grupo que intenta disuadirle de algo. Me acerco. De repente se dirige hacia mí y me suelta un discurso, en tono vehemente y con gesticulación amenazante. Afortunadamente conservo la calma. Aguanto, sin alterarme, la embestida. Los demás se lo llevan. No acierto a comprender el significado de aquéello. Voy sin cámara. Después pienso que, viéndome extranjero, quizás quiso volcar sobre mí su indignación por la indiferencia del mundo ante los trágicos acontecimientos del país.

Duermo poco. Las últimas 40 horas han sido de tensión nerviosa reprimida. Los ojos llorosos de las mujeres, llenos de ira de los hombres y los perplejos de los soldados soviéticos, se me aparecen en rueda incesante. Por la mañana un helicóptero ruso en vuelo de reconocimiento, a escasa altura, me hace levantar de la cama. Una hora antes de la señalada, todo el grupo de habla hispana está preparado en el hall. Consigna: esconder las cámaras en las maletas. La despedida es emocionante. Nuestro amigo checo, la operadora del teletipo, el personal de recepción nos despiden con lágrimas en los ojos. Las mismas lágrimas que no pueden reprimir muchos transeúntes al cruzar nuestro viejo autobús, repleto el techo de maletas y bultos, las calles de Praga. El conductor checo escoge una salida secundaria. No encontramos tropas rusas. Salimos de la ciudad y cruzamos una fértil campiña de bosques y tierras cultivadas que nos recuerda nuestro Vallés. Tenemos que recorrer 180 Km hasta la frontera. Atravesamos varios pueblecitos. Banderas nacionales a media asta con crespones negros en los Ayuntamientos, en las Escuelas, en las Iglesias, en las fábricas... Helicópteros de las fuerzas de ocupación vuelan sobre nuestras cabezas. Al final de una recta, aparece la carretera interrumpida. No pasa nada. Se trata de un desvío por obras. Las ruedas del viejo autocar, sobrecargado, gimen al rozar con los guardabarros, cada vez que tomamos una curva cerrada. A nuestra derecha dejamos una columna motorizada rusa, acampada al lado de un bosque. Nuevo susto: avanza un tanque ruso en dirección contraria: vá por su mano; en un momento dado se desvía hacia su izquierda como cerrándonos el paso; nuestro vehículo aminora la marcha; el tanque gira rápidamente hacia su derecha para tomar un estrecho camino vecinal. Ahora es una columna de camiones de avituallamiento la que avanza lentamente delante nuestro. Nuestro conductor decide adelantarles, tocando rabiosamente el claxon. Llegamos a la vista de Tábor, población de mediana importancia. En un prado, a nuestra derecha, media docena de tanques soviéticos, abiertos en abanico, apuntan amenazadoramente sus cañones en dirección a la colina donde se alza el pueblo. Nos vamos acercando a la importante ciudad de České Budějovice. Son las doce y cuarto. A la entrada de la misma, un piquete de huelga de una fábrica nos detiene. Recuerda al conductor la orden de huelga de 12 a 1, que ha decretado el Gobierno checo a través de las emisoras clandestinas. Pedimos nos dejen llegar hasta el centro de la ciudad. Cruzamos un bonito parque en el que aparecen colgados unos muñecos con los nombres de Novotny, Bilak, Indra y otras colaboracionistas. Por el camino los transeúntes nos muestran significativamente el reloj. En la Plaza Mayor, una gran concentración de gente. Paramos enfrente de una mesa donde se recogen firmas pidiendo la neutralidad de Checoslovaquia. Pasa un camión con patriotas enarbolando banderas tricolores. Un altavoz instalado en el balcón del Ayuntamiento va dando noticias de la reunión que mantienen las autoridades locales con las fuerzas de ocupación estacionadas en los alrededores de la ciudad. Se trata de asegurar el suministro de agua y víveres que empiezan a escasear. Cerca de nosotros una pequeña caravana de coches italianos, espera. Nos dicen que en el aeropuerto de la ciudad ha capotado un avión de transporte soviético. Ha habido soldados muertos y heridos. Por las paredes carteles de "Rusos irios ... (y un culo pintado)". Un dibujo representando el abrazo de Bratislava con Kossygin esgrimiendo un cuchillo en la mano.

A la una reemprendemos viaje. Estamos a 40 Km de la frontera austríaca.

Contra lo previsible, no abundan ahora las tropas rusas. Sólo unos tanques a la entrada del pequeño pueblo de Dolní Dvoriště. A la salida del pueblo está la línea fronteriza. Aparecen a nuestra vista, interrumpiendo la consabida muralla que se extiende a lo largo de nuestra vista, las clásicas barreras fronterizas. No se ven soldados soviéticos. Los aduaneros checos nos indican podemos seguir hasta el puesto de policía, unos metros más allá. Sube un oficial checo que, en español, nos pide los pasaportes. Vuelve a los pocos minutos. Todo está en orden. El puesto austriaco está a unos 500 metros. El oficial checo sube al autocar y nos acompaña hasta allí. Se saludan efusivamente con la policía austriaca; más efusivamente que lo normal. Un centenar de curiosos están esperando del lado austriaco. Algunos, con anteojos, escudriñan el territorio checo. El oficial checoslovaco confirma haber recibido una llamada de las fuerzas de ocupación, avisando que se harían cargo del puesto antes del anochecer, escasamente dos horas más tarde. Nos despedimos uno a uno de él, que nos saluda militarmente y del conductor; con el autocar regresan a Checoslovaquia. En este instante una chica grita: ¡Aerojet!. Es el autocar austriaco que nos manda la embajada española, en el hotel Academia de Viena, el embajador, su esposa y un grupo de periodistas, entre los que reconocemos a Estarriol y Vila Sanjuán nos dan la bienvenida. El asalto a la centralita telefónica empieza con ardor celtíbero. Todavía recuerdo la cara asustada de la operadora.

Ahora, en el avión de Zurich, leo en el Herald Tribune de hoy, que las tropas soviéticas han cerrado definitivamente las fronteras.

Sábado, 24 de agosto de 1.968